

Autor: Silvia Noemí Grinberg – Seminario Psicoanalítico

Título: Cuando la “vida” no quiere curarse.

Dispositivo: Plenario

---

Freud determina tres modos de rechazo de la cura: la inaccesibilidad narcisista, resistencia de lo Imaginario; la conducta negativa con el médico, la del Inconsciente; y el beneficio de la enfermedad, que es de lo Real. Esta última es la categoría que ocupará en seguida todo el terreno y la que va a justificar todo el pesimismo freudiano: rebelde a la interpretación, rebelde a cualquier trabajo, cerrado a cualquier posible dialéctica, es la manifestación más clínica de la pulsión de muerte, la extinción de la significación fálica, beneficio de nada.

Para aquél que paga con su padecimiento el precio de su culpabilidad, la curación es un peligro; el superyó nunca satisfecho, siempre pide y vuelve a pedir más, cada vez más. La resistencia del superyó es la más oscura para Freud: a medida que va avanzando el tratamiento, insiste el sufrimiento.

Presento una viñeta clínica:

Ema viene a análisis porque su padre lo decidió y porque de no ser así, su madre insiste en internarla, esto del psicoanálisis “*no sirve*”.

Se obstina en afirmar que todo lo malo que ocurre en su familia es por su culpa. Sin ella, todos estarían bien. Está demás, y suceden, uno tras otro, los arrojos que ponen en riesgo su vida. Todo en ella es descontrol.

Se ubica como la culpable de la separación de sus padres; desde ahí, toda separación la arroja de la escena, aún cuando insiste en que ella es la hija que debe consolar a su madre.

Escucha de ella: “*que no sabe qué hacer con esta hija, que es una loca, que no sabe cómo manejarla, que mientras esté en la casa, ella prefiere irse, que todo lo hace mal*” y Ema va de acting en acting, alimentando este designio materno de ser lo peor, el mal: se tira del balcón, se inyecta aire en la venas, se toma frascos de pastillas, se realiza un aborto, se corta el cuerpo. Cortes y más cortes para que algo caiga, sangre, vómito, etc.

Dice: *“me intenté suicidar 4 veces”*. Intentos fallidos en lo Real para descompletar al Otro a través de su propio arrojito, cayendo ella en tanto identificada al objeto resto, una y otra vez.

Escucha de su padre: *“Los padres no están para que los quieran sino para educar”*. Y su madre se encargó de decirle, *“que es un pobre tipo.”*

En reiteradas oportunidades, la analisante se rasca distraídamente la cabeza y extrae pedacitos de cuero cabelludo a los que mira y descarta. Después de varias entrevistas, ante la repetición de su acto le pregunto por él.

Dice: *¿“No te conté? Sí, tengo soriasis”*, y sigue con lo que relataba en ese momento.

En el fenómeno psicósomático el trazo unario, ese significante puro, no logra separar al objeto del yo, condenándolo entonces, a una misión de objeto. Ahí se ubica Ema, ella **es** el objeto para colmar a esta madre, sin pérdida. El significante que le viene del Otro tiene función de signo, significante coagulado que no pone en juego la posibilidad de otra significación, ser otra cosa. Es letra portada, goce del Otro que no llama a ser descifrada, hace blanco en la cabeza de Ema y la lastima.

Un órgano, la piel, queda por fuera, extraído de la imagen, y es allí donde se fija el goce autoerótico que al no lograr desprenderse, *en tanto a*, del cuerpo, lo deja apresado de la presencia de ese Otro.

La cabeza de Ema, es un lugar que no habla, que no asocia, que no dice. *“Lo tengo a todo en la cabeza”*. Dice aludiendo a lo que cuenta pero que no asocia en absoluto con su soriasis. Porta “el mal” en esa cabeza lastimada, o es la cabeza del mal.

El análisis postula que puede constituirse, a partir de su experiencia, en un saber sobre la verdad. Pero la analisante, no pregunta ni demanda nada, ni alivio para su cabeza, ni un lugar diferente en el Otro.

Está desaparecida bajo los significantes injuriantes, sin poder perderse como su objeto de goce:

*“Mi madre hace oídos sordos a todo lo que le digo”*.

Ella es impotente, en tanto se identifica al objeto resto, respecto a una madre que insiste en arrojarla como tal.

El análisis nos incita a recordar que no se conoce amor sin odio.

¿Es la ausencia del odio lo que caracteriza a esta posición?

*“Mamá piensa que me pongo piercing en la lengua para hacer mejor el sexo oral”.*

Todos sus actos son un intento para con-mover a este Otro primordial. La analisante identificada a un rasgo materno, me ubica transferencialmente en su lugar, el de la impotencia.

Dice al analista: *“No importa lo que digas, si me quiero matar, me mato”.*

Ahora la impotencia está del otro lado. Quedando sólo esta escenificación imaginaria, las palabras que enlazarían los sentimientos hostiles no toman aún un lugar. La compulsión a la repetición, insistencia en la necesidad de castigo, impide la circulación de la demanda y mantiene estéril la posición del analista: de él no es posible recibir nada.

Sin embargo, en medio de esta insistencia, amor loco, por sostener su goce, dice:

*“Si por algo quiero vivir es por mi carrera”.*

Aquí el vivir encuentra los carriles del Ideal.

Toma una decisión largamente postergada, decide por su vocación, a la que su madre se oponía, argumentando que era “mucho para ella”, que “no iba a poder”.

No escatima esfuerzos. Se prepara arduamente para un cupo limitado.

Elije los mejores profesores particulares.

Evita las fiestas y desvelarse.

*“De alcohol nada, porque sino al otro día no funciona.”etc.*

Hasta se muda de su casa materna.

Tanto esfuerzo estimaría merecer una buena compensación.

Sin embargo cuando parte de su sueño parecía realizarse, comienza a desmoronarse.

No llega a rendir **ni** un examen. Regresa a vivir a la casa materna.

Pide la disminución de sus horas de análisis.

Ante la negativa del analista a esta demanda, se suceden las ausencias al análisis, porque “me olvidé”, “me quedé dormida”.

En oportunidad de un viaje, relata como al pasar que visitó, por pedido de su madre, a su terapeuta anterior. ¿Para volver a ser la de antes?

Decide que va a tomar esas sesiones en simultánea con este análisis.

Una vez más ella queda expulsada como resto a disposición del Otro.

El analista solicita una entrevista a su padre para interrogar lo sucedido, quien advierte lo tramposo del manejo materno, pero se declara impotente para intervenir acotando tales excesos.

En un acting en el que la paciente hace el intento de inyectarse aire en las venas, llama a su padre pidiendo auxilio. Dice: *“lo llamé pero no me contestó el teléfono”*.

La analista pregunta si en algún momento se le ocurrió llamarla a ella, en función de lo pactado en el encuadre analítico.

Dice que lo pensó y que seguramente su analista hubiera respondido pero que del lugar donde estaba, no podía llamar.

Acudo a Freud: Lo decisivo en la Reacción Terapéutica Negativa es que la resistencia no permita que se produzca cambio alguno, que todo permanezca como es. Dice de un goce fijado a la Cosa, en tanto Otro absoluto que se intenta volver a encontrar. Es silenciosa y puede instalarse cómodamente en la modorra del goce, al no estar dispuesta a ninguna amenaza de quiebre que altere el análisis. Lo cual, no deja de llamar a la intervención del analista, al acto del analista.

Es una respuesta específica a los avatares de la transferencia: Ema se abroquelaba silenciosamente a la demanda materna, en contra de cualquier mejoría. *En términos de Freud: empeorar al mejorar dentro del dispositivo analítico.*

Sin cambios subjetivos logrados en la cura, no podríamos hablar de La Reacción Terapéutica Negativa, la cual, sabemos, que se caracteriza por su pulsional silencio lo que entraña el riesgo de perpetuar, por esa inercia, la relación con el analista.

La paciente no soporta “la cura”, hay intolerancia a cualquier cambio de su posición subjetiva, sólo se abona el sufrimiento y el castigo, en lo que la familia de Ema colabora al boicotear el tratamiento.

La decisión de interrumpir el análisis, del lado del analista, tanto como el llamado al padre, dicen de una intervención última por acotar y con-mover la posición coagulada en la analisante.

La experiencia analítica encuentra ahí su término, pues lo más que puede producir es S1, significante del goce a partir del cual puede resolverse su relación con la verdad, aún cuando ella sólo pueda decirse a medias. Pero el goce es un límite a la verdad, que se interpela, se evoca, acosa o elabora a partir de un semblante.

Esa cosa inmutable muestra su insistencia en el trauma, donde no hay posibilidad de tramitación. Insistencia de estar enfermo, pero donde no hay culpa, hay sólo enfermedad.

Hay dos maneras de colocarse en ese vínculo que está en el interior del discurso analítico: quedarse ahí durante el mayor tiempo posible, o realizar un acto analítico.

Ante la Reacción Terapéutica Negativa, el analista o se queda dormido, igual que la paciente, o encuentra ahí su límite.

El acto analítico señala una posibilidad: que el fin de este análisis no sea, sino el comienzo de otro.

¿Cómo analizar hoy? Haciéndonos cargo de nuestra responsabilidad en torno al goce del Otro y a los actos al que este convoca. Como Lacan nos recuerda a Freud respecto del masoquismo primordial, que la última palabra de la vida, cuando finalmente es desposeída de ella, no puede ser sino la maldición última expresada al final de Edipo en Colona. La vida no quiere curarse.

¿Pero por qué la vida no querría curarse? ¿Por qué esa rebeldía del sujeto a tolerar una mejoría; en suma, a soportar pérdida de goce, a recibir un don del Otro? Dirá Freud: "... no quiere someterse a un sustituto del padre, no quiere estar obligado a agradecerle, y por eso no quiere aceptar del médico la curación"

Reconocer una deuda con el padre supone soportar el peso de la castración propia y del Otro; y es éste, precisamente, el nudo que no logra dirimirse en la La Reacción Terapéutica Negativa, planteada entonces como la manifestación clínica más extrema de la pulsión de muerte, en tanto insiste con lo posible, rechaza lo que no cesa de no inscribirse, dice sí a la relación de los sexos.

¿Qué es la curación? "La realización del sujeto por una palabra que viene de otra parte y lo atraviesa" Y el analista nunca es ajeno a ello.-

La cura analítica abre un camino, no siempre sorteable hacia la separación del Otro primordial, que puede atravesarse sólo a costa de soportar las vicisitudes de la castración y la caída del objeto.

Silvia Noemí Grinberg

Bibliografía:

S Freud, "Más allá del principio del placer", .O.C., Vol. III, Biblioteca Nueva, Traducción de Lopez Ballesteros.

S Freud," El problema económico del masoquismo", O.C., Vol. III, Biblioteca Nueva, Traducción de Lopez Ballesteros.

J Lacan, (1954-1955). Seminario II: El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica. Barcelona, España, Paidós. 1984.

J Lacan, (1971-1972). Seminario XX: O Peor. Inédito.

Gerez Ambertín Marta, "Las voces del Superyó". Manantial. Buenos aires. 1993.